
CAPITULO XVII.

LOS CONGRESOS DE LA INTERNACIONAL.

Por fin la Internacional tuvo sus estatutos y un comienzo de sólida organizacion. La primera muestra que dió de su existencia despues de las Asambleas de Londres fueron las elecciones de París. En ellas los trabajadores pretendian instituir á las antiguas candidaturas puramente republicanas las nuevas candidaturas socialistas. Inútil decir que no consiguieron de ninguna manera su objeto, que no contaron triunfo alguno, y sólo demostraron hondas divisiones en el seno de la democracia avanzada. Algunos periodistas europeos atribuian la fundacion de la Internacional en Londres á maniobras de Mazzini, el grande agitador. Nada más lejos de la realidad. Mazzini era realmente apóstol de la democracia, de la libertad y de la República; pero á su talento esencialmente espiritualista repugnaba las tendencias materialistas de la nueva doctrina; y á su profundo talento político repugnaba que se antepusiera una reforma erizada de dificultades y de utopias á la consecucion práctica de todas las libertades, y de un organismo verdaderamente liberal para el Es-

B.

tado. La Internacional nació en Londres de pacto entre los trabajadores, y se propagó rápidamente en París.

Las evoluciones y cambios de la política imperial, sirvieron admirablemente á su progreso. El emperador Napoleon tendia á una inteligencia con Emilio Ollivier; y Emilio Ollivier reclamaba, como antiguo demócrata, alguna reforma, alguna mejora para los jornaleros. De esta tendencia nació la ley sobre la facultad de reunirse los trabajadores, ley combatida como peligrosa por la extrema derecha, como insuficiente por la extrema izquierda; y de todos modos verdadero progreso para el trabajador y para el trabajo. Los ánimos se alentaron; y el cambio de la opinion pública, favorable á las medidas liberales, cedió en provecho de los trabajadores. La asociacion de la Internacional fué creciendo al calor de esta atmósfera política. La primera de sus agrupaciones, la más elemental, forma la seccion. La segunda de sus agrupaciones forma lo que podriamos llamar la legion que es un conjunto de secciones. La tercera conjunto de legiones

61

forma la federacion. El conjunto de federaciones forma la ramificacion y el conjunto de ramificaciones forma la Asociacion Internacional de trabajadores.

En cuanto se reunen varias secciones nombran una comision local. En cuanto hay varias comisiones locales fórmase un consejo federal. En cuanto hay un consejo federal fórmase un consejo general. En cuanto hay un consejo general fórmase una especie de directorio superior, el cual representa el poder ejecutivo de la Asociacion que tiene carácter permanente. Este poder ejecutivo, verdadera cabeza de la universalidad de las asociaciones obreras, decidió no tener presidente; considerando, segun sus palabras, que no es digno de una sociedad trabajadora el mantener en su seno un principio monárquico y autoritario, nombrando presidentes, que aunque solamente lo fuesen por honor, atacarian con estas distinciones honorificas la integridad de los principios democráticos. El presupuesto de tan grande sociedad necesita algunos recursos. Así, todo nuevo individuo admitido, paga cincuenta céntimos de ingreso y está obligado á entregar cinco céntimos por año para los gastos generales de la Sociedad. Las federaciones exigen diez céntimos por mes, y la contribucion de cada asociado se eleva á franco ó franco y medio por año. A pesar de lo módico de este tributo tocábanse graves dificultades para recaudarlo. El congreso de Basilea expulsaba de su seno á los morosos, y la federacion de París disolvía muchas secciones que no estaban ciertamente en regla con la comision general. Además habia donaciones voluntarias de cinco céntimos por semana destinadas á una caja especialísima. Con todos estos recursos tan pródicamente reunidos, la práctica de la Asociacion era difícil y estaba sujeta á muchas quiebras. Su objeto general era mejorar las condiciones del trabajo. Su objeto inmediato sostener con los recursos de todos los asociados á la seccion ó á la federacion que se

declarara en huelga, manteniendo así la resistencia á las invasiones del capital. Y en efecto, si á un dia dado y convenido todos los trabajadores del mundo se declaraban en huelga, ó los de un pueblo ayudaban á los de otro pueblo en su resistencia, el problema del trabajo cambiaba por completo, y con el problema del trabajo la suerte del trabajador. Mas á cada paso la dificultad de interesar á todos en las necesidades y en los dolores de cada uno saltaba á la vista. Los pintores de brocha gorda, apelaron á una gran huelga en la libre Ginebra. El comité general ginebrino se dirigió á todas las federaciones para demandar recursos. El negocio era importante, el remedio urgente, la crisis grave, la ciudad donde la crisis sucedia importantísima; y el ensayo de las fuerzas de la Internacional y de la importancia de sus recursos, se verificaba por vez primera en el centro, en el corazon de Europa, allí donde el principio de libertad tiene más virtud y el principio de asociacion tiene más fuerza, mereciendo los derechos fundamentales humanos á todos los gobiernos escrupuloso respeto. Tratábase de ver si la solidaridad era cierta y los recursos eran seguros. Los trabajadores de París agotaron todos sus medios y reunieron diez mil francos. Pero los trabajadores ingleses no se dieron la misma prisa y no enviaron ni los mismos, ni análogos auxilios. Al contrario, su escrupuloso respeto á las leyes, su largo formalismo, sus intrincados procedimientos dejaban morir una Sociedad que ellos habian engendrado con su ejemplo. Y al primer ensayo se demostró que ni las fuerzas sociales eran tan grandes como se habia supuesto, ni sus recursos tan cuantiosos, ni su influencia tan decisiva, y que necesitaba de mucho tiempo y de mucho trabajo para adquirir una verdadera importancia. Los puntos de doctrina se discutian y promulgaban á los cuatro vientos en los concilios del trabajo, en los congresos de la Internacional.

Corria el mes de Setiembre de 1866, y nos encontráramos nosotros, emigrados españoles, en la ciudad de Ginebra. El Congreso primero, como si dijéramos el Concilio de Jerusalem de la Internacional, se congregaba á nuestra vista y en el mismo barrio que nosotros habitábamos. Uno de los resultados mejores y más efectivos de las libertades públicas se encuentra en la paz, en el sosiego que inspira á los ánimos. Nadie fijaba su atencion en aquel Congreso que tanto debia desvelar á los reyes y á los gobiernos del resto de Europa. Los grandes propietarios ginebrinos pasaban delante de las puertas de aquella Asamblea en sus coches antiguos, parecidos á confesionarios ambulantes, sin temer gran cosa por su propiedad. El pueblo, el verdadero pueblo, permanecía indiferente, conociendo por el ejercicio de la discusion y por los toques de la experiencia el verdadero poder y alcance de las utopias. Una inmensa cervecería llamada de Treiber y sita en uno de los barrios que casi podríamos llamar extramuros, allá en el camino que conduce á la vecina aldea de Chêne, abrigaba á los primeros internacionalistas. Al entrar veíase sobre un pequeño tablado la mesa y la presidencia. En torno del tablado los diversos delegados fumando, departiendo; con una calma que rayaba en verdadera indiferencia y luego un sitio aparte, concedido al público y que se confundia con el sitio mismo del Congreso. Celebrábanse las reuniones á media tarde y se pagaba medio céntimo á la entrada. A pesar de ser tan módico el precio, era escasísimo el público. Yo seguia con verdadero interés las conferencias y admiraba la facilidad que tenian varios trabajadores de expresarse en todas las lenguas modernas y traducir de unas á otras los discursos de sus compañeros. Pero como es natural, llamábame principalmente la atencion el curso de las discusiones y el número de las ideas que públicamente allí se controvertian. Perseguido, desterrado, condenado á

muerte por mi adhesion á la causa del pueblo, estudiaba con cuidado los latidos de los sentimientos del pueblo para conocer si él mismo era capaz de retardar su propio triunfo y de perder sus derechos. El odio á las demás clases, el espíritu revolucionario, las invocaciones á la barricada y á la guerra, la condenacion de la herencia y de la propiedad, el culto á las utopias realmente anunciaban grandes y lamentables retrocesos en el trabajo perseverante y fecundo de la emancipacion de los pueblos. Y, sin embargo, este Congreso de Ginebra se distinguió por la calma de sus deliberaciones y por el sentido político de sus delegados. Aunque muchos demandaban que se proclamaran tesis atrevidas, temerarias sobre la relacion de las ideas religiosas con las soluciones sociales, tuvo la mayoría el buen acuerdo de descartar todo lo conducente á darle un carácter teológico. Aunque otros pedian explícita condenacion del despotismo ruso, abominable á todo el mundo y más abominable aun al corazon de los trabajadores occidentales, el Congreso tomó tambien el buen acuerdo de descartar esta cuestion política. Los jornaleros franceses más exaltados que sus colegas británicos y más generalizadores, poniendo el pensamiento siempre en lo porvenir y la voluntad en trascendentales reformas, recabaron extraño voto de censura á las sociedades cooperativas, que se curaban de resolver las dificultades del momento sin mirar á los espaciosos horizontes de lo porvenir. Este error fué largamente contrastado por una resolucion más hábil y mucho más prudente. Pretendian algunos de estos talentos, amigos de la uniformidad y enemigos del principio de variedad en que la vida se manifiesta y se diversifica, una resolucion absurda, á saber: el ingreso de todas las sociedades cooperativas en la Internacional y la sumision á sus leyes y á sus reglamentos. Pero el buen sentido se sobrepuso al error y tomó el acuerdo de dejar al principio de